nan sin cesar en su seno... He aquí los insondables misterios que guarda la Providencia, ocultos á los ojos del hombre, el por qué de los acontecimientos: aquello que los incrédulos llaman fatalidad, y en donde nosotros vemos siempre el dedo de Dios. Vemos las consecuencias de ciertos hechos, pero nunca comprendemos la causa primordial de muchos sucesos.

II

La marquesa de Lescure y de Larochejacquelein.

Ahora nos toca hablar de otra heroína de la Revolución: ésta, aunque mucho menos conocida que Isabel de Francia en el mundo, presenta en su vida rasgos tan característicos é interesantes, y sus desgracias y amarguras fueron tan grandes, que creo que podrá servir de enseñanza moral y dar un ejemplo saludable para todas las mujeres que se encuentren en circunstancias, si no idénticas, al menos parecidas: lo que no dejará de suceder algunas veces en nuestras Repúblicas, en donde el estado normal es el de la revolución y el excepcional el de paz y concordia.

Victorina de Donnissant, después marquesa de Lescure y de Larochejacquelein, era hija del marqués de Donnissant, que tenía altos empleos en la corte de Luis XVI, y nació en Versalles el 25 de octubre de 1772. La madre de Victorina pertenecía á una de las

familias más notables por su nobleza en Francia, cuyo padre era duque de Dufort y había sido varias veces embajador en las cortes extranjeras. Hablo de estos títulos y honores para hacer patente el alto nacimiento de Victorina y dar á entender cuál sería su infancia, criada en el seno del lujo, de la pompa cortesana y la más grande opulencia.

Estaba nuestra heroína soltera aún cuando estalló la Revolución francesa; así, ella tuvo ocasión de presenciar en Versalles las escenas de octubre de 89 y contemplar en su principio las primeras agonías de la monarquía espirante.

Habiendo regresado á su provincia, casó en 1791 con su primo, el marqués de Lescure. El novio había cumplido veinticinco años, y ella diez y nueve, y, lo que es raro en aquella clase de enlaces por conveniencia, los nuevos esposos se amaban tiernamente. Victorina tenía un carácter tan apacible y tímido que de todo temblaba: un ruido fuerte, una voz elevada con discordancia la causaba grande emoción, y no montaba en el caballo más manso sin manifestar el mayor temor. Á pesar de la crisis revolucionaria en París, Victorina y su familia vivían tan retirados del mundo, en sus tierras de Citrán, que nada se había alterado en sus costumbres; á tal punto que el día del matrimonio reunieron á los vecinos, labriegos y arrendatarios en una fiesta campestre, en la cual los novios bailaron con los aldeanos y aldeanas de los alrededores. Todo les sonreía en la vida: ricos, jóvenes, respetados, felices con su suerte, pensaban que el porvenir sería para ellos una continua fiesta. Al fin el rumor de la tempestad que rugía en torno del trono de Luis XVI llegó á aquellos lugares. Los ami-

gos y vecinos de la joven pareja empezaron á emigrar por centenares, y los castillos y casas de campo se desocupaban rápidamente. Lescure, que tenía un espíritu caballeresco, desaprobó la conducta de la aristocracia, que abandonaba así á su rey, y en lugar de emigrar se fué á radicar en París con su esposa, con el objeto de dar buen ejemplo á la nobleza y ver por sus ojos si sus servicios podrían ser de alguna utilidad á la familia real. Encontraron aquella ciudad en mucho peor estado de lo que imaginaban; sin embargo, permanecieron firmes en su puesto hasta los asesinatos del 10 de agosto, cuando se vieron precisados, para salvar la vida, á salir prófugos de la capital é ir á encerrarse en su castillo de Clissón, en el Poitou, en el departamento de la Vendea.

La Vendea había permanecido desde que empezó la Revolución enteramente extraña á lo que sucedía en el resto de Francia. Esto provenía tanto de la estructura física del país, cuanto de las costumbres patriarcales que observaban los señores con sus *vasallos;* así, los labriegos no tenían queja alguna contra la aristocracia, que les trataba más como á hijos que como á siervos y vasallos, lo que no sucedía en el resto de Francia. Además, por lo general, los curas de los pueblos eran piadosos y patriotas, y habían conservado entre sus feligreses una fe pura y santa, sin amalgama de filosofía; distinto de lo que acontecía en las otras provincias, donde hasta el clero se había vuelto en parte volteriano y de malas costumbres, debido al ejemplo pernicioso que cundía por todas partes. Aquel pobre pueblo, pues, no solamente no había tomado parte en la Revolución, sino que lloraba públicamente las desgracias y prisión de los

reyes. Pero últimamente la noticia de la muerte de Luis XVI le exasperó hasta el punto de resolver no obedecer jamás á las leyes que le enviaran de París.

Esta coyuntura no se hizo esperar mucho. En el mes de marzo de 1793 se supo que la Asemblea había decretado un reclutamiento de trescientos mil hombres en aquellas provincias, con el objeto de acrecentar los ejércitos republicanos. Esto colmó la medida: el pueblo se levantó en masa, jurando más bien morir que servir á los enemigos de sus reyes y de su religión.

El 10 de marzo, al clarear el día, las campanas de las iglesias de más de seiscientas aldeas y caseríos tocaban á rebato sin cesar, llamando á los fieles á que se reuniesen para acordar las operaciones militares necesarías en aquel caso. Los labriegos y aun los vecinos de las villas no tenían pólvora ni armas; pero los elementos de guerra se hallaban en manos de los enemigos, y resolvieron aperarse después de combatir. Cada cantón escogió como jefe al señor más influyente de los castillos vecinos, y así quedo organizado el ejército improvisado.

El marqués de Lescure se presentó de los primeros en la plaza de la aldea más cercana á su castillo, la que resultó que había sido señalada por los republicanos como la primera que se atacaría.

— ¿Por ventura, exclamó el marqués, encontraré aquí cuatro cientos hombres de buena voluntad que quieran morir conmigo con las armas en la mano?

Se le presentaron en el acto mil cuatrocientos hombres armados con picas, garrotes é instrumentos de labor.

— ¡Aquí estamos, gritaban rodeándole, y dispuestos á seguiros adonde mandéis!

Lescure atacó y desalojó al enemigo, que estaba en una buena posición. Varios parientes le acompañaban, como el joven héroe, conocido en la historia con el nombre de Enrique de Larochejacquelein, que apenas había cumplido veinte años. Éste llegó también en medio de una turba de labriegos que carecían de jefe.

— ¡Amigos, les dijo, yo me ofrezco á mandaros. Es cierto que mi edad es la de un niño; pero tengo el valor de un hombre y creo que no os arrepentiréis. ¡Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; pero si muero, vengadme!

El joven aclamado por los aldeanos era digno de ser jefe de un ejército: poseía el genio militar, el don de la palabra y una figura simpática. Electrizaba á sus soldados con una ó dos palabras oportunas: una vez, notando alguna vacilación en su tropa en el momento de tomar una fortificación, avanzó algunos pasos, se quitó el sombrero emplumado, y tirándolo en medio de los enemigos gritó:

— ¿Quién me lo va á traer?

Pocos instantes después eran dueños del campamento republicano.

Hombres como éstos eran todos los jefes. Veamos ahora la conducta de las mujeres, según Imbert de Saint-Amand, de quien traducimos las siguientes líneas:

« En medio de los combates más extraordinarios y no vistos en otra parte, se encontraron varias mujeres que rivalizaban en valor con los soldados más denodados, como Juana Robín que murió combatiendo. En medio de las batallas decía al jefe que mandaba su compañía:

» — ¡Mi general, nunca podréis adelantarme; yo siempre estaré más adelante que todos!

» Una niña de trece años, que pertenecía á un regimiento en calidad de tambor, murió en un combate. Renata Bordereau, cuyo padre había perecido á manos de los republicanos, se disfrazó de hombre para vengarle, y se distinguió por su singular valor. En la batalla de Dol, las mujeres se manejaron como heroínas: detenían á los hombres que trataban de abandonar la pelea, les golpeaban, obligándoles á volver de nuevo al combate. Una sirvienta de la señora de Chevalerie tomó un fusil, montó á caballo, y haciéndolo galopar por en medio de los combatientes gritaba:

» — ¡Adelante! ¡fuego al enemigo, compañeros! »

Pero en tanto que nos hemos detenido hablando de estas cosas, ¿qué había sido de nuestra joven marquesa de Lescure? ¿Acaso se había encerrado en algún retirado albergue, huyendo de los combates y del peligro, y temblando, como era natural en su genio pusilánime, al oír cualquier fuerte ruido? Era madre ya de una niña de poco más de un año y aguardaba para algunos meses después el nacimiento de otro hijo. Su carácter, posición y salud la alejaban de aquel bullicio guerrero. Efectivamente, cuando su marido tomó las armas la había dejado en el castillo de Boulage, en unión de su madre y de una tía octogenaria, abadesa de un convento suprimido. Pero un día la llevaron la noticia de que el marqués había sido gravemente herido en un combate. Al momento, sin reflexionar en lo que debía hacer, salió de la casa á todo correr, encontró á la puerta un miserable caballo ensillado con montura de hombre, y sin

querer aguardar siquiera á que la cambiaran la montura, echóse á correr sin parar en ninguna parte. Pasó, sin caer en la cuenta, por los caminos más fragosos, á todo galope, y al cabo de poco más de media hora llegó al sitio en que estaba su marido, á tres leguas de distancia. Felizmente la herida no era grave; pero el susto que tuvo en aquel rato de viaje la hizo resolverse á no volverle á dejar solo y acompañarle á todas partes, lo cual verificó, lo mismo que casi todas las mujeres de los combatientes. Sólo que nuestra marquesa manifestó desde entonces una constante entereza de ánimo, un valor á toda prueba y una caridad infinita en los trances más duros de la campaña.

Cien mil aldeanos y labriegos habían tomado las armas, y la insurrección era tan popular que crecía como espuma en todos aquellos cantones entusiastas y religiosos. Á mediados de abril, los vendeanos contaban entre sus principales jefes á Charrette, oficial de marina, Lescure y Larochejacquelein, jóvenes de la nobleza, Bonchamp, antiguo militar, y Cathelineau, un labrador carretero, á quien llamaban *el santo de Anjou* y consideraba el pueblo como tal.

Sin embargo, la organización de aquel ejército era especial, y por consiguiente carecía de disciplina. Contentábanse con rechazar al enemigo de su territorio, y rehusaban perseguirle fuera de él. Una vez que concluía aquella obra, el labrador arrimaba su arma y se ocupaba en las faenas campestres con la mayor tranquilidad. Cuando se tenía noticia de que el enemigo invadía por algún lado, los jefes en consejo señalaban los cantones que debían combatir. Enviaban entonces un aviso al cura de la aldea,

anunciándole lo que se había dispuesto. El cura mandaba tocar á rebato; corrían los aldeanos á la iglesia, y cuando estaban todos reunidos, el vicario leía desde el púlpito la siguiente requisitoria :

« En el nombre de Dios, y de parte del rey, se invita á la parroquía N... á que mande el mayor número de combatientes que pueda, á tal hora, tal día y á tal parte; deben llevar los víveres necesarios. »

Esto bastaba. Había seguridad de que los voluntarios llegarían sin faltar uno al lugar de la cita y á la hora señalada.

Al principio, los republicanos se vieron rechazados y vencidos en todas partes, y no sin motivo. El terreno de la Vendea es muy quebrado y montañoso en algunas partes : los caminos estrechos y hundidos á manera de nuestras zanjas, teniendo á un lado y á otro espesísimos matorrales, maleza y rocas; en otras partes el terreno es al parecer plano y escueto, pero está plagado de ocultas lagunas, de hondísimos pantanos y lodazales insondables. Naturalmente, los labriegos y aldeanos conocían palmo á palmo todos los campos, y sin dificultad podían poner al enemigo mil trampas y emboscadas. Á las veces, cuando menos lo pensaban, y sin que hubiesen oído el menor ruido sospechoso, los republicanos se veían rodeados de realistas, que les hallaban desprevenidos y les mataban sin misericordia, pues la guerra era á muerte por uno y otro lado; otras ocasiones, perdían largas horas metidos en las lagunas y pantanos, sin poder salir de ellos sino cuando ya era tarde y los vendeanos habían tomado las mejores posiciones.

Sin embargo, no siempre los vendeanos obtuvieron triunfos. En el sitio de Nantes perdieron el jefe ido-

latrado de los labriegos, el carretero Cathelineau; y aunque después la suerte les fué propicia en varias batallas y se hicieron dueños de casi toda la provincia, la Convención, exasperada, mandó todos los recursos necesarios á los jefes encargados de aquellas operaciones militares, con la orden de concluír la guerra antes del 20 de octubre, bajo pena de la vida si no obedecían. Como estos hombres, servidores de los *derechos del hombre* y de la libertad, sabían que las amenazas de sus amos siempre se cumplían, resolvieron morir sobre el campo de batalla, si era preciso, para vencer, más bien que perecer en un cadalso. Pusieron, pues, todos los medios, derramaron su dinero y su sangre en todas partes, introdujeron espías en donde quiera, y así lograron vencer constantemente á los realistas, hasta que éstos al fin se encontraron un día reducidos á la mayor extremidad. Rodeados, obligados á replegarse, llevando consigo una emigración de más de sesenta mil ancianos, mujeres y niños, embarazados con largas filas de carretas de víveres y manadas de ganado, los míseros vendeanos, que ya no contaban sino con veinte mil combatientes, resolvieron, en lugar de dispersarse como lo querían algunos, pelear sin cesar, sin tregua ni descanso, hasta morir todos, si era preciso, antes que entregarse.

La marquesa de Lescure, en unión de su madre, de su anciana tía y de la niña de brazos que llevaba consigo, acompañaba á su marido en todas las peripecias de la guerra. El 16 de octubre, habiéndose quedado en una aldea con su familia, en tanto que su marido, con un puñado de hombres resueltos, ocupaba una posición que debía atacar el enemigo,

quiso dormir algunas horas en una casa en donde las habían dado asilo; pero antes de la madrugada despertó con el estruendo del cañón y la fusilería, los lejanos toques de las cornetas y los redobles del tambor, y al mismo tiempo la llamaban para que fuera á la iglesia, en donde el cura iba á decir misa á la gente de reserva que estaba allí y debía partir al momento á reforzar los puntos atacados. La iglesia estaba repleta de infelices voluntarios que habían de morir casi todos antes de pocos días. Mensajeros llegaban á cada momento del lugar del combate, dando noticia de lo que allí pasaba y avisando la muerte de muchos de los jefes y oficiales. Cuando concluyó aquel acto tan tristemente solemne, el cura se acercó á nuestra heroína y la dijo en tono de consuelo, pero muy conmovido, pues acababan de llevar la noticia de la muete del general de Lescure.

— Dios, señora, os tiene sin duda preparados grandes infortunios... pero debéis resignaros de antemano pensando que en el cielo os aguarda la recompensa.

La marquesa comprendió en parte la verdad de lo que deseaba decirle el cura, pero no tuvo fuerzas ni tiempo para pedirle explicación de sus palabras, porque el rumor del combate se acercaba más y más y era preciso que huyeran las mujeres, si no querían caer en manos de los republicanos, que á nadie perdonaban la vida. Obligáronla á salir de la iglesia con sus compañeras y montar en los caballos que las tenían preparados, y así, antes de que aclarara el día, centenares de mujeres se hallaban dispersas por aquellos campos, sin saber adonde debían dirigirse. De repente se presentó un hombre jadeante, preguntando por la marquesa de Lescure.

— ¡Aquí estoy! exclamó ésta.

— Volad, señora, al lado de nuestro general, vuestro esposo, que está gravemente herido.

— ¡Ah! ¿no ha muerto, pues?

— No; pero no vivirá muchas horas.

En tanto el marqués se hallaba en las mayores angustias, fuera de las físicas que sufría, pues apenas le llevaron á un lugar seguro había enviado mensajero tras de mensajero á la aldea en que debía estar Victorina, para llamarla á su lado; pero ninguno de ellos había regresado, y él pensaba que su esposa, su hija y demás familia debían de haber sido víctimas de los republicanos. Así, ambos esposos sintieron un inmenso alivio al encontrarse. Sin embargo, Lescure estaba horriblemente herido : una bala le había entrado por la sien y le había salido por detrás de la oreja; pero, á pesar de tener la cabeza despedazada, no había perdido el conocimiento, y el último cirujano que le había visto daba esperanzas de que podría vivir. Victorina empezaba á hacerle las aplicaciones del caso, cuando fué preciso volver á emprender la marcha los republicanos avanzaban, y ya aquel asilo era peligroso. Los realistas estaban en completa derrota; todos los jefes más ó menos gravemente heridos, y muchos habían muerto; en tal situación, se resolvió que repasarían el río Loira antes de que el enemigo les pudiera alcanzar.

Desgraciadamente faltaba por completo la disciplina y quien se hiciese cargo de aquel movimiento con calma y orden. La marquesa de Lescure refiere en sus memorias las angustias que se sufrieron en aquella campaña, y dice que el espectáculo que se la presentó al llegar á la orilla del río, llevando á su

marido en una camilla, era cosa de espantar al más valiente. Toda la gente, tanto hombres como mujeres, era presa del terror y de la desesperación; además, la incertidumbre que tenían de hallar ó no asilo al otro lado del Loira; el desorden que se notaba en todas partes; los gritos estridentes de los niños asustados y hambrientos; los sollozos de las mujeres, y los quejidos y tristes ayes de los heridos que llevaban en carretas y cuyas sacudidas por terreno desigual les causaban horribles dolores; las voces de mando, las imprecaciones, alaridos, gritos... todo aquel conjunto de un ejército y de una tribu entera huyendo en derrota, daba la idea del día del juicio ó de la huída de los israelitas perseguidos por los ejércitos de Faraón.

Al otro lado del Loira recibieron la noticia de la ejecución de María Antonieta.

— ¡Ah! exclamó el marqués de Lescure cuando le participaron la triste nueva, ¿conque los monstruos la han matado? Yo me batía para rescatarla; ¡ahora, si Dios me permite vivir, será para vengarla!

Pero Dios no se lo permitió. La herida se había envenenado con tantos trabajos y marchas al descampado, y en breve el valiente joven se encontró á las puertas del sepulcro.

— ¡Oh! decía el moribundo á su heroica Victorina, si no fuera porque te dejo en tan horrible situación, moriría tranquilo. He cumplido con mi deber, y aunque he pecado, no dudo que Dios me perdonará, porque nunca he obrado contra mi conciencia. Me iré al otro mundo con confianza... Sólo me atormenta el tener que dejarte, pues me había propuesto hacerte feliz... Si alguna vez te he ofendido, perdóname...

Á poco murió en los brazos de su mujer, llorado no solamente por ella, sino por cuantos le conocieron. Otro tanto sucedió á su compañero de armas, el jefe que había dirigido la retirada, Enrique de Larochejacquelein: así perecieron aquellos nobles jóvenes tan dignos de mejor suerte.

La desconsolada viuda apenas tuvo tiempo para enterrar á su marido, cuando se vió precisada á continuar su fuga en pos del ejército en retirada, huyendo de día y de noche por montes y breñas, sufriendo frío, hambres, cansancio y la miseria más completa, además de las penas morales que la despedazaban el corazón. Tenía que andar por caminos cubiertos de lodo y de sangre, con los vestidos desgarrados y los harapos atados con cuerdas, pidiendo limosna en las chozas, durmiendo á campo raso ó entre el monte... ¿Quién hubiera dicho un año antes á aquella nieta de duques, hija y esposa de marqueses, aquella mujer elegante de la corte de Francia, que antes de pocos meses tendría que mendigar por amor de Dios un mendrugo de pan negro, que hubiera parecido indigno hasta para el último de sus criados?

Cuando llegaba á conseguir un caballo en que montar, tenía en lugar de silla una piel de oveja, atada con cinchas de rejo, por única montura. En medio de todas estas angustias y peligros, la octogenaria tía que acompañaba á nuestra heroína cayó en manos de los republicanos, y, á pesar de su edad, pago el crimen de su nacimiento con la vida...

Al cabo de poco más de un mes de aquella desastrosa retirada, la emigración, que constaba más de ochenda mil personas al empezar, se había reducido á diez mil. En Mans no más habían perecido á manos de

los republicanos ocho mil personas, entre hombres, mujeres y niños. Entonces habían querido repasar el Loira, pero supieron que el enemigo estaba apostado al otro lado, y fué preciso continuar la fuga con la mayor celeridad.

Habiendo enfermado la niña que llevaba consigo nuestra heroína, y no pudiendo continuar la marcha sin morir, la fué preciso dejarla entonces con unos honrados labradores que ofrecieron cuidarla y ocultar su procedencia á los republicanos, si pasaban por allí. Pero aquella desgraciada madre no la volvió á ver nunca, porque la niña murió á los pocos días.

En diciembre, los vendeanos se prepararon á dar su última batalla en Savenay.

Uno de los jefes de aquel ejército infeliz dijo la víspera á la marquesa de Lescure:

—¡Todo está perdido, señora! No podremos resistir el ataque de los republicanos. Dentro de doce horas ya habremos perecido. Yo pienso rendir la vida defendiendo vuestra bandera (ella la había bordado). Tratad de salvaros; huíd durante la noche, porque mañana ya será tarde.

El marqués de Donnissant, padre de la marquesa, al despedirse de su mujer y de su hija, y abrazarlas por última vez, las dió cita para *la eternidad*. Efectivamente, la derrota del día siguiente fué completa, y perecieron en aquella batalla todos los combatientes; los pocos que lograron escapar fueron casi todos asesinados en los caminos y en medio de las breñas, en donde les cazaban como á bestias feroces, sin distinción de sexo ni edad.

Entre tanto, las dos marquesas, madre é hija, disfrazadas de labriegas bretonas, huían despavoridas á

media noche en busca de algún asilo lejos de aquellas escenas de carnicería. Pero su marcha no podía hacerse con la presteza que deseaban : la senda que seguían en breve desapareció, y tuvieron que continuar corriendo por un terreno lleno de hoyos, concavidades, colinas, lodazales y pantanos que las impedían el paso, y á veces resbalaban y caían, sin que las fuera permitido exhalar una queja ni hablar en alta voz, temerosas de que las persiguieran. Cuando empezó á aclarar, se llenaron de aprehensión y zozobra, pues se oyó primero el estruendo de algunas descargas y después la fusilería y cañonazos sin cesar, hasta que concluyó el combate. Poco después oyeron que destacamentos de republicanos recorrían los campos buscando á los prófugos para matarlos. Entonces empezó para ellas el peor tormento : tenían que representar su papel de labriegas cada vez que se encontraban con alguien en los caminos, y así pasaron días, semanas, meses, hasta un año entero mientras que vivieron en una retirada estancia, en donde se ocultaron sirviendo como criadas en la casa de la heredad. La marquesa de Lescure guardaba de día las ovejas al rayo del sol y por la noche dormía sobre la paja al lado de su madre, tratando de ocultarse cada vez que pasaban destacamentos republicanos, temiendo ser reconocidas. Pero no por eso su vida era tranquila, ¡ y cómo podía serlo ! ¡ llenas de alarma, de fatigas y de secretas penas, abandonadas por el mundo, viudas y sin protección ! ¡ Pero á la marquesa de Lescure faltaba aún otra amargura, pues estaba decretado que sufriría todos los dolores y angustias del mundo ! Como hemos dicho arriba, cuando estalló la guerra tenía ya esperanzas de ser madre

por segunda vez, y todas aquellas aventuras y trabajos los había pasado en un estado delicadísimo; así fué que á poco de llegar á la estancia que la sirvió de asilo, dió á luz dos gemelas que parecían llegar á tiempo para consolar á aquella infeliz que todo lo había perdido. La primera murió al cabo de algunas horas de vida, y la otra al cabo de algunos meses, causándola con esto un dolor más. Á pesar de su existencia precaria y miserable, lloró mucho la muerte de la última niña, por ser el postrer recuerdo que la quedara de su desgraciado esposo; ya, pues, no la quedaba sino la memoria de su vida matrimonial : ¡ todo había desaparecido como un sueño !

Con la muerte de Robespierre, el *Terror* calmó un tanto, y al fin pudieron aquellas pobres mujeres dejar su disfraz y salir á vivir entre la gente civilizada. Pero aun no era tiempo de descansar; perseguidas de nuevo, tuvieron que salir de su patria y refugiarse en España, en donde vivieron diez y ocho meses.

Á su regreso del destierro, Victorina se casó con un hermano del héroe de la Vendea. « Me parecía, dice en sus *Memorias,* que desposándome con Luis de Larochejacquelein me unía más á mi querida provincia, y juntaba dos nombres que no deberían separarse. » Después de haber pasado toda su primera juventud sufriendo tantas angustias y tan terribles penas, una vez casada con el marqués de Larochejacquelein, su vida fué tranquila, rodeada de los hijos que tuvo en su segundo matrimonio, aunque no por eso dejó de llorar las desgraciadas criaturas que había perdido durante aquel tiempo de amargura que hemos tratado de describir.

Sin embargo, Dios la tenía reservada aún grandes

aflicciones : su marido, que había seguido la causa de los Borbones y mandaba un cuerpo de granaderos, murió tratando de defender su partido con las armas en la mano, al regreso de Napoleón de la isla de Elba; su hijo mayor emigró á Portugal después de 1830, tomó servicio militar y también murió de un balazo. Pero felizmente quedaban á nuestra heroína siete hijos más, que procuraron consolarla en sus penas, y muchos amigos que sabían apreciar sus virtudes.

La marquesa había escrito su autobiografía hasta 1814, y el resto de su vida la escribió el literato legitimista francés, Alfredo Nettement. Modelo como era de mujeres patriotas de hondas convicciones, sus ideas eran siempre las mismas. Amaba con entusiasmo á sus compatriotas de la Vendea, y en todo tiempo les protegia, procuraba aliviarlos en sus desgracias y no cesaba de referir y admirar sus actos de heroísmo.

« Durante más de cincuenta años, dice su biógrafo, se la vió sin cesar con la aguja ó el huso en la mano, ocupada en hilar, tejer, cortar y coser vestidos para los ancianos, las mujeres y los niños de su provincia. Conocía y sabía de memoria los nombres de las familias pobres; averiguaba la vida de las nuevas generaciones y la edad y el nombre de todos los niños. Cada una de sus obras llevaba marcado por ella el nombre de la persona á quien la enviaba, con la cual realzaba el mérito de la donación. Cuando recibía las visitas de sus amigos, no dejaba su obra, y en tanto que encantaba á todos con su conversación amena é interesante, continuaba trabajando con naturalidad. »

Así pasó los últimos años de su existencia, y aunque tuvo la pena de perder la vista al fin de sus días, todo lo sufria con paciencia y dulzura, con la verdadera resignación de una cristiana. Murió el 15 de febrero de 1857, á los ochenta y cuatro años de edad. Habiendo mandado en su testamento que sus restos fuesen llevados al sepulcro en que reposaban sus mayores, se la vió pasar muerta por los mismos lugares y caminos que había transitado sesenta y cuatro años antes con los ejércitos realistas, victoriosos al principio y derrotados después. En todas partes se agolpaban las poblaciones enteras á inclinarse reverentes delante del cadáver de la mujer que llamaban *la madre de los pobres*. El obispo de Poitiers la hizo espléndidas exequías y pronunció una hermosa oracion fúnebre, discurriendo sobre el versículo de los Proverbios : *Echó su mano á cosas fuertes y tomaron sus dedos el huso.*

« Los hombres de todos los partidos, dice Imbert de Saint-Amand hablando de nuestra heroína, tienen que confesar que pocas serán las mujeres que reúnan todo lo noble y elevado á cuanto pueda sufrir un hombre. Su memoria se considerará ciertamente como la de la heroína más interesante de una guerra cuyos rasgos épicos arrancaron un grito de sorpresa al mismo gobierno republicano. La posteridad no es de ningún partido : ella admira la abnegación bajo cualquiera bandera que la encuentre; rinde homenaje á la virtud en donde se halla, y se inclina delante del espíritu del sacrificio, ya sea del heroísmo de los realistas ó de los republicanos, los cuales también dejaron ejemplos memorables. »